

Vicente Pérez Moreda, David-Sven Reher y Alberto Sanz Gimeno

La conquista de la salud. Mortalidad y modernización en la España contemporánea.

Marcial Pons Historia, Madrid, 2015, 474 págs.

Sorprende que la demografía no haya sido nunca un área de conocimiento en la universidad española. Posiblemente ello la ha liberado parcialmente de los corsés que las luchas de poder han supuesto en otras disciplinas, posibilitando una mayor libertad que se traduce en un gran prestigio a nivel internacional.

Este panorama sería muy diferente sin David Reher y Vicente Pérez Moreda. Impulsaron y fueron presidentes de la ADEH, del Boletín de la Asociación, hoy *Revista de Demografía Histórica*, y jugaron un papel decisivo en la proyección internacional de la demografía española. Alberto Sanz Gimeno, profesor de Sociología de la Complutense, es un estrecho colaborador de Reher y hoy un brillante investigador con presencia propia.

Las instituciones internacionales y los investigadores pueden llegar a utilizar un buen número de indicadores para caracterizar el bienestar de una población y su evolución. Siempre aparecen en ellos medidas educativas, económicas e índices de mortalidad. Pero no todas las sociedades valoran por igual la riqueza material ni todas las culturas aceptan que la enseñanza reglada es preferible al conocimiento del entorno y a la sabiduría que puede proporcionar la experiencia.

La salud, en cambio, es un valor transcultural y transtemporal. Y aunque salud y longevidad son cosas diferentes, ésta, de alguna manera, es una síntesis de la evolución física y psíquica del individuo y su relación con el entorno ecológico y cultural. La mortalidad de la infancia es muy sensible al estado de salud y la cultura de la madre, y nos informa de la influencia epigenética inicial, y por lo tanto de sus posibilidades para activar tanto sus potenciales como sus deficiencias genéticas.

En nuestra sociedad, la prolongación de la supervivencia está asociada a un fuerte cambio cultural, afectando al ciclo vital y a la comprensión de todas las edades, al prolongarse la juventud y retrasarse la emancipación de la familia y la edad al tener hijos.

Un libro brillante y profundo

La conquista de la salud, es un excelente libro de síntesis y reflexión que va más allá del subtítulo *Mortalidad y modernización en la España contemporánea*, pues contiene una propuesta conceptual y metodológica que desborda el caso español. El análisis demográfico es impecable. Presentación meticulosa de las fuentes y la metodología y exposición rigurosa de todos los componentes en que se puede descomponer su estudio.

Los autores terminan su libro diciendo que “la muerte ‘no existe’ en nuestro nuevo marco social”. La *democratización de la supervivencia* quizás lleve a pensar que la hemos conjurado. Pero puede también deberse a una consideración de la longevidad más como una carga económica —totalmente desmentida si valoramos la aportación de los mayores según las Cuentas Satélites de la Producción Doméstica, que incluye el trabajo no remunerado con efectos sobre el desarrollo económico— que como una gran conquista. Si esto es así, parece más razonable utilizar un nuevo PIB *per capita extendido*, en vez del clásico. Mi lectura del libro me reafirma en ello. Por eso esta obra es una contribución importante que puede interesar a investigadores y profesionales de distintos campos del conocimiento.

A la ignorancia —o escapismo— de la muerte se une la separación entre la imagen que tenemos de nosotros mismos y nuestro cuerpo. Se suele considerar la presencia del estrés en el origen de toda enfermedad, y sin embargo, en nuestro estilo de vida actual, éste se convierte en crónico y nos acompaña, sin que lo advirtamos, hasta que la vida nos obliga a reconocerlo en forma de dolencia; constituyendo, además, una fuente de considerable gasto económico.

¿Estamos todavía en la Edad Contemporánea? Posiblemente por razones editoriales el libro se subtitula *Mortalidad y modernización en la España contemporánea*, aunque en lo esencial termina en 1980. Quizás los futuros historiadores encuentren una fecha en que finalizó el optimismo que acompañó el crecimiento económico y la profundización de la democracia y los derechos humanos que siguió a la segunda guerra mundial.

Economía y Demografía

En la introducción del libro se presentan dos marcos explicativos para el declive de la mortalidad, el de la transición sanitaria, y el de McKeown sobre el papel prioritario de la alimentación, y razonablemente se afirma que se

debe hacer uso de ambos modelos. ¿En qué medida la economía establece un nexo común entre los dos? El capítulo 7 se titula “La economía y otros factores determinantes de la caída de la mortalidad”, lo que concede a aquélla una función prioritaria, si bien los autores aplican el modelo de Preston y observan la disminución de su valor explicativo conforme aumenta el PIB per cápita. Hay acuerdo en que en los comienzos de la transición epidemiológica pequeños aumentos del ingreso pueden conducir a descensos importantes de las defunciones, especialmente en los primeros años de vida. Y es en esta primera fase donde se realiza un análisis más exhaustivo de los datos. Los autores se refieren asimismo a las interrelaciones recíprocas entre salud y economía, el papel de la higiene, la medicina, la política sanitaria y la educación.

¿Hay algo más? ¿Podemos establecer un marco explicativo más amplio desde la ciencia actual que a la vez no ignore el mundo económico? ¿Puede aportar la ciencia más avanzada nuevas soluciones a la decrepitud y al consumo masivo de fármacos y atenciones conforme aumenta la edad; y a otros problemas que la religión, la economía, la política y la medicina del pasado no han enfrentado con la suficiente eficacia?

En la historia hay momentos de eclosión científica. Casi simultáneamente a que Newton ideara, junto con Leibniz, el cálculo infinitesimal, y desarrollara la teoría de la gravedad, aparecieron las primeras estimaciones demográficas y las primeras mediciones de la renta y la riqueza. Adam Smith y la escuela escocesa construyeron un nuevo enfoque analítico y trasladaron el concepto de la mano invisible, que mantenía el equilibrio de los planetas, al mercado como un conjunto de fuerzas que tienden al equilibrio y actúan de motor del crecimiento económico. Además esta mano transformaba las pasiones personales en el bienestar de la comunidad. Este planteamiento tuvo un gran éxito en los ambientes liberales, pues representaba un elemento de primer orden en la lucha por la eliminación de las barreras ideológicas y legislativas que limitaban el crecimiento capitalista.

Nuestro conocimiento del mundo exterior está asociado, sin embargo, a nuestra experiencia sensorial. Mientras que Newton transformaba la física, Bento Spinoza analizaba el problema de la relación entre la mente y el cuerpo con tal profundidad que Antonio Damasio, Premio Príncipe de Asturias de Investigación, le ha dedicado una obra al considerarlo un precursor de la neurología actual más avanzada.

A finales del siglo XVII y durante el XVIII sensualistas y utilitaristas desarrollaron una nueva propuesta ética tan perturbadora como la revolución heliocéntrica en las ciencias naturales. El concepto de *utilidad* es central en la filosofía de David Hume y aparece unido al mérito personal, lo bueno y lo placentero, en contraposición “al celibato, el ayuno, la penitencia, la mortificación, la negación de sí mismo, la humildad, el silencio, la soledad y todo el conjunto de virtudes monásticas”.

Jeremy Bentham contribuyó a la propagación de estas ideas con su famosa frase “la mayor felicidad del mayor número es la medida de lo bueno y lo malo”. La felicidad total de una sociedad se cuantificaría por la suma de las felicidades individuales. Esto se llamó el *principio de utilidad*.

En la segunda mitad del siglo XIX Jevons y Edgeworth trasladaron los esquemas explicativos de la física clásica —y su principal instrumento matemático, el cálculo infinitesimal— a las ciencias sociales. Se trataba de una metodología aplicable a un mundo supuestamente objetivo, mecánico, estable y en equilibrio, del que, si supiéramos las condiciones iniciales, podríamos deducir la totalidad de la historia. Ambos eran también conscientes de la necesidad de una teoría de las elecciones humanas, lo que les lleva a examinar el placer, el dolor y los aspectos subjetivos del comportamiento.

Jevons y Edgeworth, juntamente con Carl Menger, Leon Walras y Alfred Marshall, pusieron las bases teóricas y metodológicas de lo que conocemos como revolución marginalista, después llamada economía neoclásica, hoy considerada la *corriente principal* del análisis económico.

¿Quién toma las decisiones?

A finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, Sigmund Freud y William James produjeron una revolución en el conocimiento del hombre y sus motivaciones. Sus teorías preconizaban la existencia de formas de conciencia no racionales, que afectan profundamente a nuestras acciones y pueden manifestarse de forma turbulenta, lo que cuestionaba la armonía y predictibilidad del marginalismo.

El inconsciente no debe interpretarse únicamente como una serie de pulsiones destructivas. Para James podía representar una vía hacia una nueva vida más plena, y Carl Jung creía que se podía *extraer oro* de la *sombra*. Actualmente, innumerables terapias tratan de reconciliarnos con nuestras emociones y nuestro cuerpo. Integrar en el análisis demográfico y socioeconómico el conocimiento psicológico y neurológico facilita la comprensión de nuestro comportamiento individual y colectivo.

Durante varias décadas diversos economistas se dedicaron a responder a este nuevo escenario y a las críticas de los sociólogos y economistas institucionalistas, polemizando con frecuencia entre ellos, hasta que, en 1938, Paul A. Samuelson dio el paso decisivo con la teoría de las *preferencias reveladas*. Tan reveladas que, además de constituir una tautología, eliminaban totalmente la intencionalidad y la motivación psicológica y reducía la elección exclusivamente a la observación de la conducta de consumidores y productores en el mercado.

La economía neoclásica arrastra, sin embargo, una serie de supuestos psicológicos implícitos y nos habla de un ente mecánico que responde a los estímulos de manera automática y unidireccional —al igual que los objetos obedecen a la ley de la gravedad— buscando ya no maximizar la felicidad sino el consumo, el ingreso y el beneficio, convirtiéndolos en sustitutivos de aquella.

¿A qué viene esto a cuento? Muchos economistas y científicos sociales han cuestionado estas ideas. La historia cultural, las humanidades, la neuroeconomía, el premio Nobel en Economía Douglass North y un buen número de estudios en las ciencias sociales, tratan de abarcar múltiples aspectos de la vida humana. Las instituciones que toman continuamente decisiones que afectan a nuestra vida, y al sistema sanitario, ningunean estas opiniones.

Bastantes hombres y mujeres de negocios saben de las limitaciones de estos modelos económicos. Los altos ejecutivos no se dedican a calcular las curvas de preferencia y cruzarlas con la recta presupuestaria, como se enseña en las facultades de Economía. Y en la actualidad muchos acuden al coaching, para encontrar en sus inconscientes nuevos recursos que les permitan enfrentar mejor los problemas y renovar su vida.

“Los equipos son más eficientes cuanto más a gusto están y más felices se sienten las personas que lo forman”, dice la directora de Comercio Exterior de CaixaBank. Sin embargo, los responsables de los *programas de bienestar* de las empresas que tienen en cuenta el *salario emocional*, y no sólo el monetario, señalan la dificultad de implicar a los empleados y crear una cultura de la salud no limitada al consumo de fármacos. Y es que la visión de un mundo newtoniano, donde los seres y los objetos están separados y toman decisiones independientes, también alcanza a la mayoría de la población.

La hipótesis alimenticia

Los autores estudian detalladamente la hipótesis alimenticia, especialmente a partir de los datos sobre calorías consumidas. Esto puede ser muy revelador en las sociedades pretransicionales y en la primera etapa del descenso de la mortalidad. El papel atribuido a la alimentación debe ser examinado de nuevo a la luz de investigaciones recientes que dejan ver la importancia de la composición de la dieta, y así se deduce del libro, y no sólo el balance calórico. Y hasta la forma de cocinar resulta hoy importante como nos muestra el creciente interés por la gastronomía. Incluso las emociones de los animales nos afectan. Acabo de leer en un artículo de divulgación: “¿Su filete está duro? Échele la culpa al estrés de la vaca”.

Actualmente en el mundo desarrollado la mayoría de las enfermedades no se relacionan con la escasez calórica sino con el sobrepeso, el colesterol, el azúcar, la presión arterial... Como la crisis ha supuesto un incremento de la

desigualdad y la carencia, cada vez más capas de la población tiene que restringir su dieta. ¿Significa esto una mejor salud? Al escribir este comentario, el suplemento de salud de un diario de gran difusión advierte en la portada: “Si supiera lo que está comiendo...”. *El sistema de creencias neoclásico*.

En su momento la teoría económica de la que hablamos jugó un papel legitimador y propulsor del crecimiento económico. La exaltación del individualismo en sociedades sometidas a férreas creencias colectivas tiene claras connotaciones estimulantes, de manera especial si se ve acompañado por la defensa de la libertad y de los derechos humanos.

Cuando comenzó la actual crisis financiera y económica los comentarios usaban palabras como pánico, codicia, avaricia, temeridad, arrogancia, desconfianza... Era no sólo un reconocimiento de la importancia de las emociones y los factores psicológicos, sino también una muestra de que un sistema de creencias antaño progresivo puede convertirse en rutinario y paralizante. El ideal de libertad, igualdad y fraternidad del liberalismo original queda reducido, para algunos, a su peculiar interpretación de la libertad de mercado.

Envejecer sanamente

Hay sociedades donde no es extraño llegar a edades avanzadas en buen estado de salud. Son las denominadas *zonas azules*, donde se encuentran las mayores esperanzas de vida. En todas ellas descubrimos en los mayores un buen conocimiento de la naturaleza, con el consumo de una nutrición natural rica en vegetales, hierbas medicinales y agua de manantial; ejercicio habitual moderado y la realización de actividades de cuidado y consejo a los más jóvenes. Destaca sobre todo la fuerte valoración colectiva de los mayores, el reconocimiento de la experiencia, la solidez de los lazos familiares, la importancia de la amistad y la solidaridad, la elevada autoestima y la creencia en una vida con significado. Una corta película de Kurosawa, *La isla de los molinos de agua*, ilustra con gran nitidez este tipo de sociedades. No se trata obviamente de incorporar su estilo de vida, sino las actitudes.

Una nueva revolución científica

A finales del siglo XIX algunos experimentos ponían en cuestión la teoría electromagnética que se derivaba de los principios newtonianos y de lo que se creía era la naturaleza ondulatoria de la luz. La radiación magnética, por ejemplo, cuando superaba cierto nivel de frecuencia, podía alterar los electrones de los átomos. Este es el *efecto fotoeléctrico*, que Einstein resolvió en su *año milagroso* de 1905, al postular que los fotones transportaban cuantos de

energía proporcionales a su frecuencia y no a su intensidad. Por ello, y no por la teoría de la relatividad, le dieron el Premio Nobel.

Nuestros pensamientos son radiación electromagnética. ¿Pueden alterar o crear nuestra realidad? Los comienzos del siglo XX representaron otra época de renovación científica espectacular. Junto a la teoría de la relatividad surgió la física cuántica, donde el hecho mismo de realizar una medición altera el sistema. Durante siglos diversos filósofos y teólogos creían que los objetos tenían sus propias inclinaciones y se caían al suelo porque ese era su deseo. Newton sustituyó el deseo de los objetos por la teoría de la gravedad. “¡Parece que el observador crea la realidad!”, exclaman ahora algunos físicos. Hoy sabemos que las partículas que forman nuestros átomos y moléculas son sólo una parte insignificante de su volumen. De hecho, son ondas hasta que se las observa y surgen como partículas en una localización específica, lo que se denomina *colapso de la función de onda*. El nuevo paradigma no sólo está posibilitando una aceleración del conocimiento científico y tecnológico, sino que invita a replantearnos las ideas sobre nosotros mismos.

Hemos visto como sensualistas y utilitaristas relacionaron el cuerpo con la mente. ¿Y cómo se transforma la entrada sensorial en una idea y se conserva esta?

En 1994 era director de la sede de A Coruña de la UIMP, siendo rector Ernest Lluch, e invité a Karl Pribram a dirigir un curso sobre sus trabajos. Pribram había desarrollado en torno a 1970, siendo catedrático en Stanford, una teoría revolucionaria sobre el cerebro y la memoria. Los recuerdos a largo plazo estarían almacenados en el espectro de la luz, que comprende tanto frecuencias propias de la física clásica como de la cuántica, y no en el espacio físico interneuronal. La función cerebral es activa y no sólo un receptor pasivo. La mente se convierte así en protagonista en su interacción con el entorno, existiendo un isomorfismo entre ambos. Esto es, lo que vemos *fuera* responde a patrones de impulsos nerviosos existentes en nuestro cerebro.

Pribram señala también que el tiempo y el espacio están *empaquetados* en el dominio holográfico. Algunos de estos hologramas se colapsan y convierten en nuestras percepciones. Investigaciones posteriores muestran que las respuestas corporales ante un estímulo ocurren antes de que se produzca éste, lo que confirma, al igual que otros experimentos, las hipótesis de Pribram. La explicación más plausible es que el cerebro sabe lo que va a ocurrir porque lo crea.

En la misma línea, dos relevantes científicos, Roger Penrose y Stuart Hameroff, creen que deben existir unas estructuras biofísicas donde se conectan el nivel de la física clásica y la cuántica. Piensan que esa relación se encuentra en el citoesqueleto, sistema de microtúbulos y microfilamentos responsables de las funciones espaciales y mecánicas de las células eucariotas, y especialmente ricos en las neuronas. Estos y las proteínas asociadas juegan, de

ser esto cierto —y una incipiente tecnología lo avala— un papel fundamental, junto con la conciencia y la intencionalidad, en la reducción de las múltiples posibilidades del sistema cuántico al colapso en una única opción.

De mujeres y hombres

Recientemente abundan los libros y artículos sobre las diferencias entre el cerebro femenino y masculino, que tienden a confirmar que no sólo hay divergencias biológicas sino también una tendencia a desarrollar comportamientos psicológicos distintos. Los modelos económicos no recogen esta diversidad. O quizás sea más adecuado decir que asumen implícitamente una serie de valores como competitividad, gusto por el riesgo, eficacia, liderazgo..., que se suponen *masculinos*, probablemente porque se coartaron en las mujeres durante siglos.

Una de las características del declive de la mortalidad es el incremento del diferencial sexual. Si a comienzos del siglo XX las mujeres vivían en España un año más que los hombres, al final lo hacían siete. Cuando hablamos de salud, el *gender gap* se invierte. Al hombre se le suele atribuir una preferencia por lo objetivo y racional, frente a la propensión de la mujer por lo subjetivo y lo emocional; pero la realidad nos indica que el primero es más vulnerable al estrés.

Genética y epigenética

Los autores titulan uno de sus capítulos “La mortalidad de la infancia: clave de un cambio histórico”, y esta cuestión crucial late a lo largo de toda la obra.

El libro se remonta a finales del siglo XVIII y a todo el XIX para hacernos ver el retraso español en la mortalidad infantil y entre 1 y 4 años. Por entonces la iglesia católica había impuesto en España su sistema moral. En la *Revista de Demografía Histórica* estudié recientemente cómo la elevada mortalidad pretransicional no sólo era producto del atraso socioeconómico y sanitario, sino también de un sistema cultural donde se establece una rígida distinción entre hombres y mujeres, se implanta un modelo autoritario de familia —que refleja el modelo político imperante— se asocia la sexualidad exclusivamente con la procreación y se elaboran severas normas que limitan la expresión de ésta última, especialmente por parte de las mujeres.

La calidad de la respuesta ante la enfermedad depende de un complejo equilibrio psicofísico. El sistema inmunológico forma parte, con los sistemas nervioso y endocrino, de una red cognitiva altamente organizada que expresa

la identidad del cuerpo. Si esto es así, una concepción del mundo que reprime las expresiones afectivas y concibe el cuerpo como fuente de pecado, establece un contexto favorable al fracaso inmunitario.

El ADN no sólo porta una estructura química sino también información, esto es, conciencia, emociones, actitudes y capacidades potenciales. La herencia no es, sin embargo algo mecánico, pues entonces no habría evolución. En las últimas décadas se ha desarrollado la epigenética, lo que está *sobre* los genes, la capa de proteínas que activan o desactivan éstos. Para Bruce Lipton, pionero en este tipo de estudios, es la percepción del entorno lo que controla la célula y no el núcleo. Y la percepción es un fenómeno mental. De nuevo advertimos que somos nosotros, con nuestras creencias, los que creamos la salud o la enfermedad.

La epigenética juega el papel de adaptación de los genes al medio ambiente, entendido éste no sólo en el sentido físico sino también cultural. Ya en el estado embrionario y fetal el niño recibe a través del conducto útero-placentario la información procedente de la madre y comienza a alterar su programa genético. Los estudios sobre medicina fetal y neonatal coinciden en la importancia del estado anímico y fisiológico de la mujer durante el embarazo para la configuración de los patrones físicos y psicológicos que el niño o niña desarrollará en su infancia y vida adulta. Ahora sabemos que los mecanismos epigenéticos trasladan asimismo las experiencias vitales a las generaciones futuras. Por eso las mujeres no sólo paren niños; son también el crisol donde se crean culturas.

El comienzo de la caída generalizada de la mortalidad en España puede situarse en la década de 1880, cuando la mayoría de los países de Europa Occidental llevan un buen trecho andado. En 1960 alcanza la esperanza de vida de Italia, notablemente más desarrollada económicamente, y en 1970 iguala a muchos de los países occidentales más avanzados. La mitad del descenso en estos años tiene lugar antes de la guerra civil. La mayor sorpresa se produce en la década de 1940, cuando la renta per cápita se encuentra en niveles inferiores a los de antes de la guerra, período en que se recorre otra cuarta parte del camino.

Los autores relacionan las caídas de la fecundidad y la mortalidad, señalando una vez más, el papel del descenso de la mortalidad de la infancia. De esta forma, los dos sucesos más importantes en la vida del ser humano aparecen unidos.

En 1887 cada mujer que llegaba al final de su período fértil tenía 5,4 hijos. Este valor descendió a 3,3 hijos en 1935, pero seguía siendo una de las fecundidades más altas de Europa. En 1950, en plena cruzada pronatalista y exacerbación del discurso religioso, desciende a 2,5. ¿Cómo se explica esto?

Los teólogos discutieron en su día si las mujeres tenían alma. En la segunda mitad del siglo XIX se encontró una razón *científica* para justificar la

inferioridad femenina, la dimensión de su cerebro. Hoy sabemos que esto se compensa sobradamente por una mayor comunicación entre los dos hemisferios del neocórtex y en el acceso al sistema límbico y a los contenidos inconscientes. Pero cuando se quieren encontrar *razones* los sistemas de creencias siempre lo consiguen.

La sociedad feudal partía de una distinción *natural* entre los hombres según el estamento social al que pertenecían. Ilustrados y liberales se plantearon la existencia de una igualdad y una hermandad natural. Algunos hombres y mujeres cuestionaron también la desigualdad, también considerada natural, entre los géneros.

En la segunda mitad del siglo XIX surgen en España numerosas iniciativas reivindicadoras de un proyecto de vida propio para la mujer —Rosalía de Castro, Concepción Arenal, el krausismo, Emilia Pardo Bazán...— lo que pasaría por la independencia económica y la libertad intelectual, cuestionando el modelo del *ángel del hogar*, obligadas a ser madres sumisas, inhibidas, pasivas, al servicio de la familia. A diferencia de otros países donde el laicismo acompañó las revoluciones liberales, en España la iglesia siguió manteniendo un férreo control sobre la educación. La Institución Libre de Enseñanza cuestionó radicalmente este dominio y abogó por la coeducación y una formación integral similar para ambos sexos. La Junta de Ampliación de Estudios, la Asociación Nacional de Mujeres Españolas, el nuevo papel jugado por las mujeres en Occidente durante la guerra mundial y la postguerra, favoreció un cambio en una élite de pensadores, que se extendió durante la República al sufragio femenino y al cambio de las leyes civiles y penales discriminadoras. La ímproba labor de las misiones pedagógicas y de las maestras y maestros republicanos, duramente represaliados después, se encargaron de la tarea más difícil, llevar las nuevas ideas a una población semianalfabeta o con estudios muy reducidos.

Si bien con la dictadura se recuperó una legislación discriminatoria, todo esto dejó sin duda una profunda huella en el inconsciente colectivo. Está también la labor silenciosa de la resistencia. La renovación llegó incluso a los movimientos católicos y a parte de la jerarquía, lo que facilitó la transición democrática.

Creo que estos factores, junto a las duras condiciones económicas y sociales, alimentaron la rebelión contra los encendidos cantos oficiales acerca de la noble función de la maternidad en la vida de la mujer y en la estabilidad de la familia, uno de los pilares ideológicos del franquismo. Esto constituyó el telón de fondo de la transición de la mortalidad que se analiza en el libro.